

REYNA GRANDE

# La Distancia entre Nosotres

Traducción:  
Julián Alejo Sosa





Para mi hermana Mago,  
mi pequeña madre.

## QUERIDO LECTOR:

*En los últimos años, alrededor de 200.000 niños llegaron* a la frontera de los Estados Unidos con el fin de pedir permiso para quedarse. La mayoría provenía de lugares como Honduras, El Salvador y Guatemala, así como de mi propio país: México. La mayor parte escapaba de la violencia, pobreza, opresión, corrupción, pero otros solo lo hacían para reencontrarse con sus padres. Verás, en países con extrema pobreza y tan pocas oportunidades, la gran mayoría de los padres se ven obligados a abandonar a sus hijos para marcharse a un lugar en el que puedan encontrar una vida mejor. La mayor parte de esos niños pasan años y años sin saber si en algún momento podrán ver a sus padres otra vez.

Eso es exactamente lo que nos pasó a mí y a mis hermanos. Nuestros padres nos abandonaron en México cuando vinieron a los Estados Unidos en busca de mejores trabajos. Los años pasaban y nuestra desesperación y miedo crecía. ¿Qué tal si se habían olvidado de nosotros? O peor, ¿qué tal si nos habían reemplazado por unos niños estadounidenses? ¿Qué tal si nunca más los fuéramos a ver?

Hubo momentos en los que pensamos escapar de nuestro hogar y salir a buscar a nuestros padres. Queríamos preguntarles: “¿Aún

nos aman? ¿Aún nos quieren?”. Afortunadamente, nunca nos vimos obligados a realizar ese viaje. Luego de un tiempo, mi padre regresó y, de un día para otro, me encontraba cruzando la frontera de los Estados Unidos con él y mis dos hermanos, poniendo mi vida en riesgo para finalmente poder tener la familia que siempre había soñado.

En la actualidad, los niños inmigrantes que llegan a la frontera estadounidense no tienen la misma suerte que yo. Ellos se han visto obligados a abandonar sus hogares (en general, por su propia cuenta) para seguir el sueño de tener a su familia a su lado. O peor, vinieron porque sus vidas en su país natal corrían riesgo a causa de la inestabilidad y la violencia que azotan a México y Centroamérica.

Escribí *La distancia entre nosotros* porque siento que todo niño inmigrante tiene grandes historias para contar. Pensé que si quizás yo contaba mi historia sobre ser una niña inmigrante ayudaría a clarificar todo lo que sucede con el problema polémico de la inmigración. Espero que todos los que lean mi libro muestren algo de compasión, comprensión y amor hacia todos los inmigrantes, especialmente hacia los niños.

En un principio, este libro fue publicado para lectores adultos, pero también quería compartir la historia con jóvenes lectores, inmigrantes y no inmigrantes por igual. En fin, *La distancia entre nosotros* es una historia de supervivencia y triunfo, sobre aprender que no importa cuán difícil sea nuestra infancia, siempre debemos mirar hacia adelante con esperanza y no dejar que nada ni nadie nos impida convertirnos en la persona que queremos ser. ¿A dónde quieres

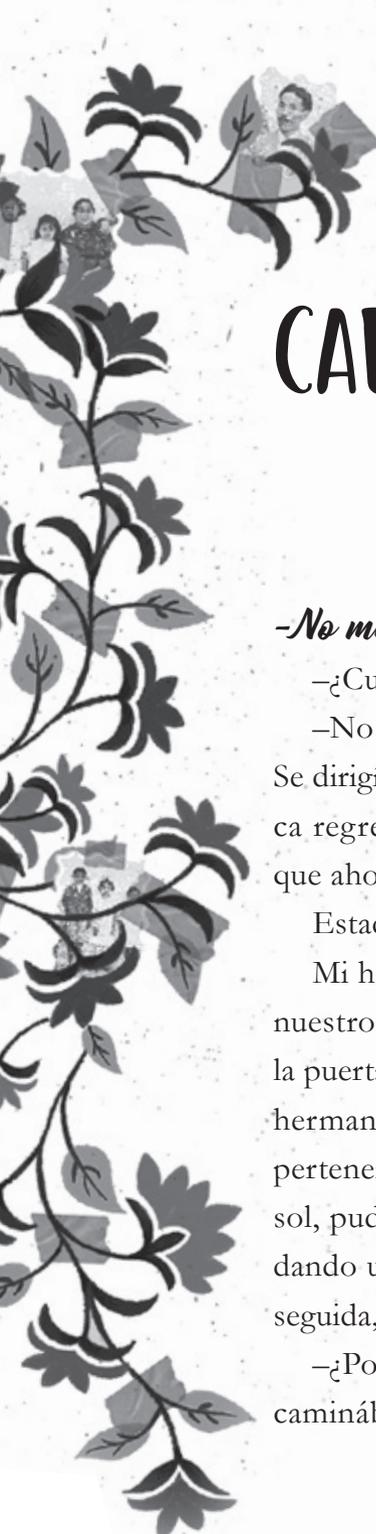
ir? ¿Quién quieres ser? ¿Qué quieres lograr? Aférrate a tus sueños, querido lector. Cuando se avecinen tiempos complicados, aférrate con mucha fuerza a esos sueños y no los dejes ir.

Abrazos,

*Reyna Grande*







# CAPÍTULO 1

*-No me iré por mucho tiempo.*

-¿Cuánto será? -quería saber. Necesitaba saber.

-No mucho -me contestó mami, cerrando su maleta. Se dirigía a un lugar del que la mayoría de los padres nunca regresa, un lugar que primero se llevó a mi padre, y que ahora estaba haciendo lo mismo con mi madre.

Estados Unidos.

Mi hermana Mago, mi hermano Carlos y yo tomamos nuestros bolsos con ropa y acompañamos a mami hacia la puerta de la pequeña casa que estábamos rentando. Los hermanos de mami se encontraban empacando nuestras pertenencias para guardarlas. Apenas salimos a la luz del sol, pude ver a papi por un segundo. Mi tío estaba guardando un retrato de mi padre en una caja, por lo que, en seguida, corrí a toda prisa para quitarle la fotografía.

-¿Por qué te llevas eso? -me preguntó mami mientras caminábamos por el camino de tierra hacia la casa de la

mamá de papi, en donde nos quedaríamos mientras mami no estuviera aquí.

-Él es mi papi -le dije, y sujeté el retrato con fuerza contra mi pecho.

-Tu abuela tiene más fotos de él en su casa -me explicó mami-. No tienes que llevarte esta.

-¡Pero *este* es mi papi! -le señalé. Ella no entendía que esa cara de papel detrás de una pared de cristal era el único padre que conocía.

Papi se había marchado a los Estados Unidos hacía dos años. Quería construir para nosotros una casa, una casa de verdad hecha de ladrillos y concreto. Si bien era albañil y podía construir una casa con sus propias manos, no podía encontrar trabajo en México a causa de una economía muy débil, por lo que se vio obligado a marcharse hacia el lugar al que todos en mi pueblo llamaban *el otro lado*. Tres semanas atrás, él había llamado a mami para decirle que necesitaba su ayuda. “Si los dos estamos aquí juntando dólares, será mucho más fácil conseguir los materiales para la casa”, le había dicho.

Pero al mismo tiempo, también nos estaba dejando sin una madre.

Mago (un apodo para *Magloria*) tomó mis bolsos de ropa para que pudiera sostener la foto de papi en mis manos. El camino de tierra estaba lleno de rocas que esperaban hacerme tropezar, pero ese día, me movía con mucho más cuidado que nunca, debido a que llevaba a mi papi en mis brazos y podría romperse con facilidad.

Mi pueblo, Iguala de la Independencia en el estado sureño de

Guerrero, está rodeado de montañas. Mi abuela vivía en las afueras de la ciudad y, mientras caminábamos hacia su casa, mantenía mis ojos fijos sobre la montaña más cercana. Era muy grande y suave, como si estuviera recubierta de un terciopelo verde. Durante la temporada de lluvia, un círculo de niebla envolvía su cima, como el pañuelo blanco que la gente se ata sobre la frente cuando sufre dolores de cabeza. Por esto los lugareños la llamaron *la montaña que tiene dolor de cabeza*. En ese entonces, no sabía cómo era *el otro lado* ni tampoco mi mami. Ella nunca había salido de Iguala. Hasta ese día.

No vivíamos lejos de la mamá de papi y, al doblar la esquina, su vivienda ya estaba a la vista. La casa de la abuela Evila se encontraba sobre la base de la montaña. Era una pequeña casa de adobe pintada de blanco con algunas tejas terracota sobre el techo. Algunas buganvillas subían por una de las paredes. Los viñedos, densos con flores rojas, daban la ilusión de que la casa estuviera sangrando.

—Háganle caso a la abuela —dijo mami, mirándome fijo. Los cuatro nos habíamos quedado callados mientras caminábamos. Se detuvo y se paró frente a nosotros—. Pórtense bien. No le den ningún motivo para enfadarse.

—Ella nació enfadada —dijo Mago por lo bajo.

Carlos y yo reímos. Mami también lo hizo, pero se detuvo de inmediato.

—Silencio, Mago. No digas esas cosas. Tu abuela nos está haciendo un gran favor al cuidarlos. Escúchenla y háganle caso en todo lo que les diga.

—Pero ¿por qué tenemos que quedarnos con ella? —preguntó

Carlos, quien cumpliría siete años el mes siguiente. Mago tenía ocho y medio, cuatro años más grande que yo.

—¿Por qué no nos podemos quedar con la abuelita Chinta? —preguntó Mago. Yo también había pensado en la mamá de mami. Su voz era suave como el arrullo de las palomas enjauladas alrededor de su humilde casa y también olía a aceite de almendras y a hierbas. Pero por más que amara a mi abuela, siempre querría estar con mi mamá.

—Su padre quiere que se queden con su madre. Piensa que estarán mejor allí... —dijo mamá, suspirando.

—Pero...

—Basta. Ha tomado una decisión y debemos cumplirla —contestó mami.

Seguimos caminando. Mago, Carlos y yo aminoramos la marcha y pronto, mami se quedó caminando sola por delante. Miré la foto que tenía en mis brazos, el cabello oscuro ondulado de papi, sus labios bien marcados, su nariz ancha y sus ojos color café apuntando hacia un lado. Deseaba que me hubiera estado mirando *a mí*, y no hacia detrás de mí. Deseaba que pudiera *verme*.

—¿Por qué te la llevas? —le pregunté al Hombre Detrás del Vidrio. Como siempre, no me respondió.

—¡Señora, ya llegamos! —gritó mami desde la entrada de la casa de mi abuela. En la acera de en frente, el perro del vecino nos ladraba.

—¡Señora, soy yo, Juana! —agregó mami, solo que más fuerte esta vez. No abrió la puerta para entrar porque a mi abuela no le gustaba mami. Y la verdad era que a mi abuela tampoco le gustábamos nosotros, por lo que no entendía por qué papi quería que nos quedáramos allí.

Finalmente, la abuela Evila salió de la casa. Su cabello plateado se encontraba atado en un rodete tan tenso que estiraba todo su cuero cabelludo. Caminaba inclinada hacia adelante, como si estuviera llevando una bolsa de maíz invisible. A medida que se acercaba hacia la cerca, se secó las manos en su delantal, manchado con una salsa roja fresca.

—Llegamos —dijo mami.

—Ya lo veo —le contestó mi abuela. No abrió la puerta ni tampoco nos invitó a pasar para resguardarnos bajo la sombra del limonero que tenía en el patio. El radiante sol del mediodía quemaba mi cabeza, por lo que me acerqué a mami, para resguardarme bajo su sombra.

—Gracias por cuidar a los niños, señora —le dijo mami—. Todas las semanas le enviaremos dinero para su cuidado.

La abuela nos miraba a los tres y yo no podía distinguir si estaba enojada o no. Siempre tenía el ceño fruncido, no importaba con qué humor se encontrara.

—¿Y por cuánto tiempo se quedarán?

—El que sea necesario —le contestó mami—. Solo Dios sabe cuánto tiempo nos llevará construir la casa que Natalio quiere.

—¿Que *Natalio* quiere? —le preguntó la abuela Evila, inclinándose sobre la cerca—. ¿Acaso tú no la quieres?

Mami nos miró y colocó sus brazos sobre los tres. Nos recostamos sobre ella. De pronto, las lágrimas comenzaron a caer de mis ojos y sentía como si me hubiera tragado una de las canicas de Carlos.

—Claro que sí, señora. ¿Qué mujer no querría una linda casa de ladrillos? Pero no al precio que tenemos que pagar para tenerla —le contestó mami.

—Los dólares estadounidenses sirven mucho aquí —dijo la abuela Evila, señalando una casa de ladrillos a lo lejos en su terreno—. Mi hija se construyó una muy linda casa ella misma con el dinero que ganó en *el otro lado*.

Volteamos para admirar la casa. Era la más grande de la manzana, pero mi tía no vivía allí. Nunca había regresado de los Estados Unidos, a pesar de haberse marchado mucho antes que mi papi. Atrás dejó a mi prima Élida, de quien mi abuela se ha hecho cargo desde entonces.

—No hablo de dinero —le indicó mami a la abuela y luego volteó hacia nosotros y se agachó para estar a nuestra altura. Respiró hondo y agregó—: Trabajaré tan duro como pueda. Cada dólar que gane será para ustedes y la casa. Volveremos antes de que puedan notarlos.

—¿Por qué papi solo quiere que vayas tú y no yo? —preguntó Mago—. Yo también quiero verlo.

Al ser la mayor, ella podía recordar mucho mejor a papi que yo. Esperó por él mucho más tiempo que yo.

—Ya te dije por qué. Tu padre solo tiene suficiente dinero como para mí. Además, voy allí para trabajar. Para ayudarlo con la casa.

—No necesitamos una casa. Necesitamos a papi —le contestó Mago.

—Te necesitamos a ti —agregó Carlos.

Mami recorrió el cabello de Mago con sus dedos.

–Me marcharé por un año. Prometo que, para ese entonces, volveré y traeré a su padre conmigo. ¿Prometes cuidar a Carlos y a Reyna por mí, ser su pequeña madre?

Mago lo miró a Carlos y luego a mí. Yo no sabía qué vio mi hermana en mis ojos que provocó que su expresión se hiciera más suave. ¿Podía ver cuánto miedo tenía yo? ¿Podía sentir que mi corazón se estaba rompiendo al perder a mi madre?

–Sí, mami. Lo prometo. Pero tú también debes mantener tu promesa, ¿está bien? ¿Volverás?

–Claro que sí –le contestó mami. Abrió los brazos y nos envolvimos en ellos.

–No te vayas, mami. Quédate con nosotros. Quédate *conmigo*. Por favor –le rogué, aferrándome con fuerza a ella.

Me dio un beso arriba de la cabeza y me empujó suavemente hacia la puerta cerrada.

–Tienes que resguardarte del sol antes de que te agarre dolor de cabeza.

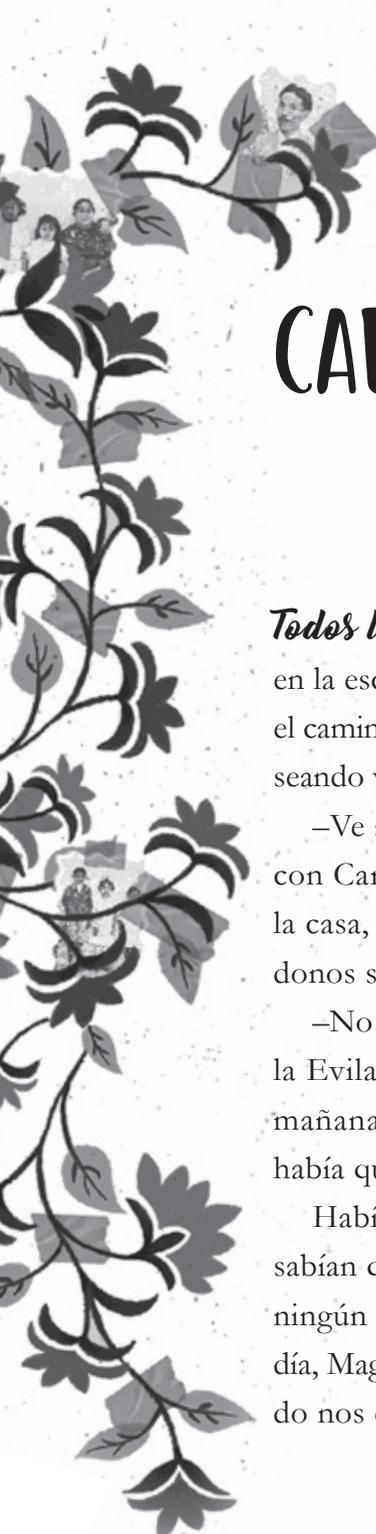
La abuela Evila finalmente abrió la puerta para que pudiéramos entrar, pero nos quedamos quietos. Nos quedamos allí con nuestros bolsos, y la idea de arrojar la foto de papi al suelo para que estallase en pedazos se cruzó por mi mente. Odiaba que se llevara a mi madre solo porque él quería una casa y un terreno propio.

–No te vayas, mami. ¡Por favor! –le rogué.

Mami nos dio un fuerte abrazo a cada uno y nos besó para despedirse. Presioné mi mejilla contra sus labios pintados con un lápiz labial rojo de Avon.

Mago me sostuvo con todas sus fuerzas mientras mirábamos cómo mami se marchaba. Cuando desapareció por la lomada en el camino, solté con fuerza la mano de mi hermana y comencé a correr, pidiendo a gritos por mi madre. Entre lágrimas, observé cómo un taxi se la llevaba lejos. De inmediato, sentí una mano sobre mi hombro y volteé solo para ver a Mago parada detrás de mí.

–Vamos, nena –me dijo. No había lágrimas en sus ojos y, mientras caminábamos de regreso a la casa de mi abuela, me preguntaba si cuando mami le pidió a Mago que fuera nuestra pequeña mamá, también quiso decir que no tenía permitido llorar.



## CAPÍTULO 2

*Todos los días, mientras Mago y Carlos estaban* en la escuela, me quedaba parada junto a la cerca mirando el camino de tierra en donde mamá había desaparecido, deseando verla regresar.

—Ve adentro, nena —me dijo Mago cuando llegó junto con Carlos de la escuela. Me acompañó hacia dentro de la casa, en donde pasamos el resto de la tarde encargándonos solamente de los quehaceres del hogar.

—No se quedarán aquí gratis —nos había dicho la abuela Evila ni bien la puerta se cerró detrás de nosotros la mañana en que mamá se marchó. Y ahora sabía lo que había querido decir.

Habían pasado dos semanas y todos en el vecindario sabían que nuestra madre se había ido. No podíamos ir a ningún lado sin que la gente nos mirara con lástima. Un día, Mago y yo pasamos frente a la casa del panadero cuando nos dirigíamos hacia la fábrica de tortillas, y la esposa

del panadero nos miró y le dijo a su esposo: “Míralos, pobrecitos los pequeños huérfanos”.

—¡No somos huérfanos! —le grité. Tomé una roca para arrojársela, pero me detuve al comprender que mamá estaría muy decepcionada si yo hacía eso. Por lo que dejé que simplemente se cayera al suelo.

Sin embargo, la esposa del panadero había visto la mirada en mis ojos. Sabía lo que yo había estado a punto de hacer.

—¡Qué vergüenza, niña! —me regañó—. Desearía que la tierra me tragara por completo si tuviera una hija como tú.

—Oh, no seas tan dura con la niña —le dijo el panadero—. Es algo muy triste no tener a tus padres.

Se subió a su bicicleta y se marchó para realizar la entrega del pan. Lo observé hasta que dobló en la esquina, me quedé completamente hipnotizada por cómo maniobraba la bicicleta entre las rocas sobre el camino de tierra sin perder el equilibrio y sin dejar caer todo el pan de la enorme canasta que llevaba en la cabeza.

—Si tu madre alguna vez regresa, seguro le comentaré sobre tu comportamiento —dijo la esposa del panadero, señalándome con un dedo. Regresó a la casa y cerró la puerta de un golpe.

—No puedo creerlo —dijo Mago, sacudiéndome con la canasta para las tortillas.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Pero no somos huérfanos!

Estaba demasiado enojada como para hablarme. Me sostuvo fuerte por la muñeca y me apresuró a que siguiera adelante hacia la

fábrica de tortillas. Me tropecé con una roca y me hubiera caído de no ser por Mago, que me sostenía del brazo. Aminoró la marcha y comenzó a ejercer menos presión sobre mi muñeca.

—No quiero que la gente sienta lástima de nosotros —le comenté.

De pronto, se detuvo y se llevó una mano hacia las cicatrices en su rostro, que habían sido causadas por un accidente que había tenido cuando era más chica. Tenía una en la mejilla, en el párpado y otra en el tabique de su nariz. La gente siempre sentía lástima por Mago, debido a las heridas, y ella lo odiaba.

—Lamento haberte golpeado, nena —me dijo. Al escuchar que me había dicho *baby*, la perdoné de inmediato.



Cuando regresamos de la fábrica de tortillas, mi prima Élida estaba esperando junto a la cerca, preguntando por qué habíamos tardado tanto.

—¿No ven que tengo hambre? —Élida, de trece años, tenía un rostro regordete y circular, con grandes ojos saltones que se parecían a los de una rana. Pensé que, como todos estábamos en la misma situación (nuestros padres nos habían abandonado), podríamos ser amigas. Pero Élida no estaba interesada en ser nuestra amiga. Al igual que los vecinos, nos llamaba *pequeños huérfanos*, incluso cuando su madre también la había abandonado a ella. Los hermosos vestidos que la abuela

Evila le hacía para ella en su máquina de coser, y los tantos regalos que Élida recibía de su madre desde *el otro lado*, hacían que ella pasara de ser una pequeña huérfana a una nieta privilegiada. Era todo lo que nosotros no éramos.

Al verla, me puse furiosa de nuevo por haber sido llamada *huérfana*, por haber sido golpeada por Mago, por mi madre que me había abandonado, por mi padre que se la había llevado lejos.

—Tu cabello luce como la cola de un caballo —le dije.

—¡Estúpida huérfana! —me contestó, jalándome de mi coleta. La abuela Evila tomó las tortillas que llevaba Mago y no le dijo nada a Élida por jalarme del cabello.

Carlos, Mago y yo nos sentamos en dos escalones de concreto que se encontraban junto a la puerta que llevaba de la cocina a la habitación de mi abuela, dado que en la mesa solo cabían cuatro personas y esos asientos ya estaban ocupados. La abuela Evila le entregó una porción de cerdo a mi abuelo. Otra a Élida. La tercera a mi tía, la tía Emperatriz, y la última porción a sí misma. Para cuando la sartén llegó a nosotros, no tenía otra cosa más que aceite. Con una cuchara, tomó un poco del aceite y la vertió sobre nuestros frijoles.

—Para darles gusto —nos comentó.

*Si papi estuviera aquí, si mamá estuviera aquí, no estaríamos comiendo aceite, pensé.*

—¿No queda nada de carne? —preguntó la tía Emperatriz.

La abuela Evila movió la cabeza en señal de negación.

—El poco dinero que me diste esta mañana no duró mucho en el

mercado –le explicó–. Y sus padres aún no me han enviado nada esta semana.

Mi tía miraba con detenimiento nuestros frijoles aceitosos. Tomó su monedero y le entregó una moneda a Mago para que fuera a comprar un refresco. Al rato, Mago regresó de la tienda con una Fanta. Le agradecemos a nuestra tía y tomamos de la botella por turnos, pero el dulce sabor a naranja no quitó por completo el aceite en nuestras bocas.

–¿Qué sentido tiene que estén en *el otro lado* si vamos a comer como vagabundos? –dijo Mago luego de la comida. Llevamos los platos sucios al lavabo de piedra y luego limpiamos la mesa y aseamos el suelo. Carlos sacó la basura hacia el patio trasero, para prenderle fuego con el resto de los residuos.

–¡Regina! –la abuela Evila llamó desde su habitación, en donde estaba arreglando su vestido–. ¡Regina, ven aquí!

Me tomó un momento comprender a quién estaba llamando ya que Regina no es mi nombre. Nací el 7 de septiembre, el día de santa Regina, y mi abuela eligió ese nombre el día de mi nacimiento. Mami no le hizo caso y me llamó *Reyna* en su lugar.

–¿Sí, abuela? –le dije mientras me acercaba a la puerta.

–Ve a la tienda de don Bartolo a comprarme una aguja –me pidió, entregándome una moneda–. Y date prisa.



Las dos hijas de don Bartolo se encontraban jugando a la rayuela en la puerta de la tienda. Cuando pasé a su lado, me señalaron y dijeron por lo bajo: “Mira, allí va la pequeña huérfana”. Esta vez, no lo pensé dos veces. No me importaba si todo el vecindario pensara que era una salvaje y una desgracia para mi familia. Les arrojé la moneda con todas mis fuerzas y golpeó a la niña más alta justo por encima de su ojo derecho. Gritó y entró a toda prisa a la tienda llamando a su papá. Corrí a casa tan rápido como pude, tras dejar la moneda en el suelo. Cuando la abuela Evila me pidió la aguja, no tuve otra opción más que decirle la verdad.

Entonces, llamó a Mago.

–Lleva a tu hermana para disculparse con don Bartolo y no regreses sin mi aguja.

Mago me sujetó por la mano y me arrastró afuera con fuerza.

–Ahora sí lo has logrado –me dijo.

–¡No debería haberme llamado *huérfana!* –me solté con fuerza de la mano de Mago y me quedé quieta. Me miró por un largo rato. Pensé que me iba a pegar, pero en cambio, me tomó por la mano de nuevo y me llevó en otra dirección.

–¿A dónde vamos? –le pregunté. No me respondió, pero ni bien doblamos en la esquina, la pequeña casa que alguna vez rentamos apareció a la vista. Nos paramos frente a ella. La ventana estaba abierta y podía oler a frijoles que se hervían en la cocina. Oí la voz de una mujer cantando a la par de la radio. Mago dijo que no sabía quiénes eran los nuevos inquilinos, pero siempre sería la casa en donde habíamos vivido con nuestros padres.

—Nadie puede quitar eso —agregó—. Sé que no recuerdas para nada a papi, pero sea lo que sea que recuerdes sobre mami y esta casa es tuyo para siempre.

La seguí hacia el canal al pie de la colina. Mami limpiaría los platos aquí.

—Aquí es donde mami te salvó la vida, nena. ¿Lo recuerdas? —me comentó Mago.

Asentí, sintiendo un nudo en la garganta. El año anterior, casi me ahogué en el canal. La temporada lluviosa lo había convertido en un río muy torrencioso y la corriente era muy rápida y fuerte. Mami me había pedido que me quedara sentada al lado suyo en las rocas que usaba para lavar, pero dejó que Mago y Carlos fueran a jugar al agua con los demás niños. Yo también quería ir, y por eso, cuando mami estaba ocupada enjabonando nuestra ropa con la vista en otro lado, salté al agua. La corriente me llevó río abajo. No podía hacer pie, pero mami me agarró justo a tiempo.

Regresamos a la casa de la abuela Evila, sin saber qué le íbamos a decir. Antes de entrar a la casa, Mago me llevó hacia el pequeño depósito hecho de cañas, palos y cartón cerca del patio. Dentro había grandes vasijas de cerámica, una enorme parrilla y algunas más vasijas y sartenes. Yo nací en ese cuartito. Este era el lugar en donde mami y papi vivían cuando se casaron.

Me senté junto a Mago en el suelo de tierra y me contó sobre el día en que había nacido de la misma manera en que mami solía hacerlo. Señaló un círculo de rocas y una pila de cenizas mientras me contaba que, durante mi nacimiento, un fuego había estado prendido en

ese lugar. Cuando nací, la partera me colocó sobre los brazos de mi madre, quien volteó hacia el fuego para mantenerme cálida. Mientras escuchaba a Mago, cerré los ojos y sentí el calor de las llamas a la par del latido del corazón de mami sobre mi oído.

Mago señaló un lugar en el suelo sucio y me recordó que mi cordón umbilical fue enterrado allí. *Así*, mami le dijo a la partera, *no importa hacia dónde la lleve la vida, nunca olvidará el lugar de donde proviene.*

Pero luego Mago tocó mi ombligo y dijo algo que mi madre nunca había dicho. Me dijo que mi cordón umbilical era como una cinta que me conectaba con mami.

—No importa que haya distancia entre nosotros ahora. Ese cordón estará allí por siempre.

Me llevé la mano al ombligo y pensé en lo que había dicho mi hermana. Tenía la fotografía de papi para mantenerme conectada con él. No tenía ninguna de mi madre, pero ahora mi hermana me había dado algo para poder recordarla.

—Todavía tenemos una madre y un padre —me dijo Mago—. No somos huérfanos, nena. El solo hecho de que no estén aquí con nosotros no significa que ya no tengamos padres. Ahora, ven, vamos a contarle a la abuela que no le conseguimos la aguja.

—Me golpeará —le dije mientras nos encaminábamos hacia la casa—. Y también lo hará contigo, aunque no tengas la culpa de nada.

—Ya lo sé —me contestó.

—Espera —le dije. Me marché corriendo cruzando la cerca antes de que el miedo se apoderase de mí. Corrí hacia la calle tan rápido como podía. Fuera de la tienda, las hijas de don Bartolo seguían

jugando. Me miraron con furia ni bien me vieron llegar. De pronto, mis pies ya no querían continuar caminando y me llevé un dedo hacia el ombligo.

–Lamento haberte golpeado con la moneda –le dije a la niña.

Volteó para mirar a su padre, quien había salido de la tienda y se encontraba parado junto a la puerta.

–Mi papi dice que tenemos suerte de que él trabaje en una tienda. Si no lo hiciera, tendría que marcharse hacia *el otro lado*. No quisiera que se fuera.

–Yo tampoco quería que mi mami se fuera –le comenté—. Pero ella volverá pronto. Al igual que mi papi.

Don Bartolo tomó de su bolsillo la moneda de mi abuela y me la entregó.

–Nunca creas que tus padres no te aman –me dijo—. Es justamente porque te aman demasiado por lo que se tuvieron que marchar.

Compré la aguja para la abuela Evila y, mientras caminaba de regreso a la casa, me decía a mí misma que quizás don Bartolo tenía razón. Tenía que seguir creyendo que mis padres se habían marchado porque me amaban demasiado y no porque no me querían lo suficiente.